



"La Nación", Buenos Aires  
27 ~~de~~ agosto? 1919

72

6-127

# A LA MEMORIA DE NERVO

por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para "LA NACIÓN")

SALAMANCA, Julio de 1919.

Hacia tiempo—años—que yo no veía a Amado Nervo con todo y vivir él en Madrid a donde he tenido que ir entretanto tantas veces. Pero es que yo iba, siempre de prisa y de paso, a meter ruido en el mundo y él, vida manteniendo silencio—su sino también. Habíame prometido venir a visitar esta vieja ciudad de Salamanca donde su espíritu se hubiese encontrado como en viejo hogar, pero sus achaques... También Rabin Darfo, entre otros, se murió sin cumplirme esta promesa, la de su romería a este relicario de la España del Renacimiento. Del Renacimiento, pasado, por supuesto.

La última vez que me comunicó—y fue verdadera comunicación, casi comunión—y la última y casi la única vez—el resto de nuestras relaciones fue casi todo el por correspondencia escrita—que se comunicaron nuestros espíritus allí en su morada madrileña, allí junto al Palacio real de Oriente, en una habitación que daba a la espléndida vista de la Casa de Campo que es todo un fondo de un cuadro de Velázquez. La austera solemnidad del paisaje castellano, hecho más de cielo que de tierra, el fuerte reposo de las encinas que se pierden en la raya de la última fontananza, daban sentido a nuestra entrevista. En las paredes de la habitación donde me recibió Amado Nervo había unos grabados que hablaban en su lenguaje de la honda, de la dominante, de la casi única preocupación del poeta: de la Muerte. Uno representaba la Isla de los Muertos; otro era una fotografía de un estupendo monumento funerario; otros por el estilo. Y apenas si hablamos de otra cosa que de la muerte.

Primero de Méjico, de su patria lejana y entonces ya torturada y desgarrada por contiendas intestinas, por odios entrañables, y dentro de Méjico, de su ciudad natal, de Tepic, en la costa del océano llamado—hay cada nombre!—Pacífico. Porque en Tepic, en la ciudad natal de Amado Nervo, había pasado sus años de trabajo y de juventud mi padre, que como tantos otros vascos había salido, siendo un mozo, de Vergara, su pueblo nativo, para hacer su América y tornar luego a crear familia en su tierra natal. Hablamos de Méjico y, naturalmente, de aquella vieja y terrible religión de los aztecas que yo conocí a través de aquella «Historia Antigua de Méjico» del abate italiano D. Francisco Javier Clavijero, que en una traducción de un méxicano soy yo, siendo casi un niño, en uno de los libros que mi padre había traído—y poco más traído—de su América.

Pero hablamos sobre todo de la muerte. Era la meditación, o mejor era la «censuración» casi continua de Amado. Porque Nervo soñaba, en la muerte, Pasó la vida soñando en la muerte no en la vida misma. Si el hombre libre, según nos dejó dicho Spinoza—uno de los profetas de Israel—en nada piensa menos que en la muerte, Amado Nervo no era un hom-

bre libre. Y no, no lo era. Nervo sentíase prisionero; el mundo era una cárcel para él.

Aun recuerdo cómo me hablaba de cierta escritora inglesa que había contado la experiencia de la muerte, cómo un día al salir a la calle, notó algo extraño, que las gentes no se percataban de su presencia, y acabó dándose cuenta de que se había muerto y continuaba su vida entre los demás mortales, pero la continuaba como sombra invisible para ellos. ¡Y qué recogimiento ponía el poeta al ir contando, en voz baja, lentamente, tristemente estas consolaciones!

En voz baja! Así tituló Nervo a uno de sus libros. Y así, en voz baja, se le reveló su Dios, el Dios de la Muerte. Ocurrióle algo de lo que en el Libro Primero (según el cómputo católico el tercero) de los Reyes y en su capítulo XIX se nos cuenta que le ocurrió al profeta Elías. Y fue que llegado al monte Horeb se metió en una cueva a pasar la noche, hasta que Yahvé, el Señor, le hizo salir de ella. Pasaba el Señor y un huracán que rompía los montes y quebraba las peñas, pero el Dios no estaba en el huracán; y tras éste un temblor de tierra, pero el Dios no estaba en el temblor de tierra; y tras éste un fuego y tampoco estaba en el fuego; y tras el fuego un susurro apacible y delicado—«sibilus aurora tenuis» dice la Vulgata romana—y al oírlo Elías se cubrió el rostro con el manto—pues el que ve a Dios la cara se muere, según la Escritura—y era Dios que pasaba. Y así pasó Dios junto a Amado Nervo, con un susurro blando, y apacible, con un tenue sibilio de la brisa. Y así le dió su poesía. Porque Dios, su Dios, el Dios de la Muerte, en el silencio y del misterio, le habló a Nervo al oído, en voz baja, muy baja, pero más terrible que la del huracán, el temblor de tierra y el fuego. Y así, en voz baja, muy baja, en tembloroso susurro, del cogollo del alma, en algo que era como el ruido del corazón, que sólo es el silencio y el que sabe escuchar oye, habló Nervo a su Dios y nos habló de su Dios a los demás. Y Dios para oírle mejor le ha llevado a su seno, al seno de la muerte, y ha puesto la boca del poeta junto al oído de su corazón divino.

Obras Completas  
Tomo VIII



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES





En estos años de estruendo que han sido los de la guerra, en estos años de voces de huracán, de terremotos y de incendios, en que apenas se ha oído a Dios—tanto han chillado los hombres!—vosotros, los que hayáis seguido las palabras de Nervo recordaréis que él continuaba susurrando sus misterios. Para él, como para tantos otros puros poetas, apenas si existía la historia. Vivía fuera de la historia, en su idea fija.

En una poesía del poeta argentino, Ricardo Gutiérrez, tan simpático pero tan diluido y tan superficial de ordinario, en la poesía «Lázaro el Payador» cuatro versos que desde que los leí se me quedaron grabados en la memoria. Son aquellos que dicen que:

De su mirada en el fulgor sombrío  
hay la intensa quietud de un pensa-  
(talento,

hondo como el desmayo del este, hastio  
fijo como fatal ramordimiento.

Así; nada fulgura más ni más sombriamente que un pensamiento quieto y con quietud intensa; los pensamientos inquietos son poco intensos y no fulgulan. Ni hay hondura mayor que la del desmayo del hastio. El pensamiento de Nervo, o mejor su sentimiento, y acaso mejor aun, su ensueño, era un ensueño quieto e intenso, siempre el mismo, y fulguraba—o susurraba si lo preferís—en sus versos con la hondura como el desmayo del Este.

¡El hastio! ¡el tedio! Nervo no habló de ellos como habló su hermano Leopardi—«el tedio che r'afoga... a noi lo fasce viase il fastidio»—pero es porque el italiano fué un desesperado, y el mejicano un resignado. Aunque... fué realmente un resignado ¿se resignó a la vida, se resignó a la muerte Nervo? ¿Quién lo sabe...! El misterio cifió su vida íntima; un misterio que se encuentra no pocas veces en los salmos de Rubén Darío, un misterio de antiguas Indias Occidentales.

¿Por qué hay algunos americanos que se encabritan y revuelven contra esa castiza y hermosa denominación de Indias Occidentales? ¿Por qué contra eso de que se llamara indios a los americanos? «Es que si Colón creyó llegar a las Indias...» Bien, sí, sabida es la historia! Pero no es América y sobre todo su litoral del Pacífico, cuyo susurro oyeron en su niñez, desde León el uno, desde Topic el otro, Darío y Nervo, un Oriente del Extremo Oriente asiático? Y es que las almas de los primitivos de Méjico y de Nicaragua, no tenían alguna hermandad con las de los asiáticos del Extremo Oriente? No hay sabiduría indiana en aquéllos?

Por mucho que nos esforcemos no acertamos a ver lo específicamente americano en tantos y tantos escritores, sobre todo poetas, que de americanismo presumen. Resultannos de ordinario unos europeos aun más europeos que los de esta banda del Atlántico, europeos más occidentales, menos asiáticos que los más de los de aquí, y cuando nos encontramos con algo que nos saque a las entrañas precolombinas de ese Nuevo Mundo es en voz que nos viene de sus costas más occidentales las que miran al Extremo Oriente. Algo de esto dijo ya Rodó en su magistral ensayo sobre Rubén Darío.

Lo que los españoles de Cortés y de Pizarro encontraron en Méjico y en el Perú no fué propiamente civilizaciones. Ni la teocracia azteca ni la incaica eran, en rigor, civiles. Y aquéllos se parecían mucho a los imperios asiáticos, indios, tampoco civiles. Y en los versos de Darío, en los versos de Nervo, nos llegan, claro está que traducidos a lengua europea, a español—y a español muy español, por cierto!—susurros apacibles del Pacífico y en ellos la voz del Señor que no habla en el huracán ni en el terremoto ni en el fuego. Darío y Nervo pasaron la vida cubriéndose la cara con el manto para no verle la cara a Dios. Pero Dios les miró a la cara a ellos, ojos a ojos, y les habló al oído, en voz baja, muy baja, en voz de silencio armonioso. Y así viven!

